

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

21 / 2018

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Peiró Arroyo, Antonio, *El golpe de Estado del general Palafox, Zaragoza,*
Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017

(Pablo Úrbez Fernández)

pp. 824-827 [1-4]



Universidad
de Navarra

Peiró Arroyo, Antonio, *El golpe de Estado del general Palafox*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017, 248p. ISBN: 978-84-16935-86-4. 18€

Índice. *Capítulo 1.* El aprendizaje de un conspirador. *Capítulo 2.* El golpe de Estado. *Capítulo 3.* El gran engaño de Palafox. *Capítulo 4.* Las cortes aragonesas de 1808. *Capítulo 5.* Censura, manipulación y malestar popular. *Capítulo 6.* La participación aragonesa en la Junta Central Suprema. *Conclusión.* El golpe de Estado del general Palafox. *Apéndice biográfico. Cronología. Fuentes y bibliografía.*

Resulta imposible eludir la figura del general Palafox si uno desea aproximarse a los Sitios de Zaragoza —los dos asedios que padeció la ciudad entre 1808 y 1809 por parte de los franceses—. El nombre de José Palafox permanece ligado sin remedio al alzamiento de los zaragozanos en favor de la patria y de Fernando VII, a la heroica resistencia y a la honrosa capitulación, y a un saldo de miles de muertos, edificios e iglesias destruidas y la incredulidad del enemigo ante semejante valor y perseverancia. Los Sitios de Zaragoza han contribuido a conformar la identidad de la ciudad situada a orillas del Ebro, junto a otros acontecimientos como la Venida de la Virgen del Pilar, la institución como capital de Reino de Aragón y las Alteraciones de Aragón contra Felipe II en 1591.

Los Sitios de Zaragoza, acaecidos a principios del XIX, sirvieron a lo largo de dicho siglo para otorgar a la ciudad aura de inmortalidad, tenacidad y patriotismo frente al invasor, cuajando en el imaginario popular. Hoy en día, referirse a los Sitios continúa siendo sinónimo de hazaña, de leyenda, de orgullo. Pero la identidad de un pueblo no solo la construyen los hechos, sino cómo se cuentan esos hechos y quién los cuenta. Dicha construcción de la identidad cobró un destacado papel durante la época romántica, consciente de la trascendencia de la Historia, la literatura y el imaginario popular en la edificación de la nación, para lo cual resultaba imprescindible erigir héroes, deshonrar u ocultar villanos, ahondar en las propias raíces y hacer partícipe al pueblo de un proyecto común. Así, la historiografía romántica no permaneció ajena a esta realidad a lo largo del XIX, y de los Sitios de Zaragoza nacieron héroes a quienes venerar, cuyos nombres bautizaban las calles de la ciudad y cuyos cuerpos se erigían en estatuas en las plazas. Son los nombres de Agustina de Aragón, Santiago Sas, Casta Álvarez, la Madre Rafols... y, por supuesto, José Rebolledo de Palafox y Melcí, capitán general Palafox.

El general Palafox, noble aragonés —tercer hijo del Marqués de Lazán—, era un guardia de corps que acompañó a Fernando VII hasta Bayona. Según el imaginario popular, recibió del rey el encargo de dirigirse a Zaragoza para sublevarla en armas contra los franceses. A su llegada, fue aclamado por el pueblo, destituyó al capitán general Guillelmi, convocó las Cortes y asumió el mando completo de la defensa de la ciudad. Palafox, rodeado por una junta de notables de su confianza, dirigió la defensa militar, supervisó el aprovisionamiento y la gobernabilidad, veló por la moral de los defensores y controló la prensa y las

RECENSIONES

relaciones con el exterior. Ejerció el mando supremo durante meses, negándose a capitular, hasta que —enfermo de tifus— vio cómo Pedro María Ric izaba bandera blanca en febrero de 1809, a pesar de su oposición y su deseo de continuar la lucha en una ciudad destruida y diezmada por las enfermedades. Tal fue la fama heroica de Palafox que, a este respecto, escribía Benito Pérez Galdós en su Episodio Nacional dedicado a Zaragoza: «El día siguiente, 22, fué cuando Palafox dijo al parlamentario de Moncey que venía á proponerle la rendición: *No sé rendirme: después de muerto hablaremos de eso*»¹.

Palafox fue entonces apresado y recluso en la cárcel de Vincennes, pudiendo volver a España en 1813. A su regreso se le nombró capitán de alabarderos, jefe militar de palacio, prócer del reino y, en 1834, duque de Zaragoza. Actualmente permanece enterrado en la ilustre capilla de la Basílica del Pilar de Zaragoza. De esta manera, Palafox ha sido mitificado como un héroe nacional, quedando como irrefutable su heroica, patriótica e inteligente participación en la defensa de Zaragoza contra los franceses.

En esta obra, Peiró se propone analizar cuanto realmente sucedió desde que Palafox pisó la ciudad de Zaragoza en mayo de 1808, tras acompañar a Fernando VII. El autor se basa para ello en una lectura crítica de los textos de Palafox —que en ocasiones difieren entre sí—, en las noticias —muchas veces incompletas—, transmitidas por los testigos directos y en otras documentaciones de la época, a fin de complementar y ver más allá de las fuentes *oficiales* de los Sitios de Zaragoza. Esas fuentes son variadas y abundantes, pero la mayoría se centra principalmente en los acontecimientos bélicos referidos a la defensa de la ciudad, dedicando escasa atención a los días previos a la llegada de los franceses. De este modo, la visión de los Sitios que ha llegado hasta nosotros procede de las cartas y memorias del propio Palafox y de las obras de Agustín Alcaide y de Faustino Casamayor. Si bien son de agradecer los nuevos enfoques que proporciona Peiró, quizá hay quien pueda achacarle cierto atrevimiento y osadía en la revelación de sus tesis. El autor sentencia en las primeras páginas que «la conclusión es evidente: Palafox organizó una conspiración con el objeto de hacerse con el poder» (p. 17). Sin embargo, si resultase tan evidente, el general Palafox no habría permanecido tantos años como un héroe en la historia de la nación, y esos testimonios de personajes secundarios y liberales silenciados por la historiografía se habrían impuesto con facilidad sobre la versión oficial de los hechos redactada por Casamayor y Alcaide.

Casamayor, alguacil de la Real Audiencia del Reino de Aragón, ejerció como cronista entre 1782 y 1834, relatando diariamente los acontecimientos más destacados de la ciudad. Por tanto, sus relatos incluyen los Sitios de 1808 y 1809, a pesar de que no participase directamente como testigo de los acontecimientos.

¹ Pérez Galdós, Benito, *Zaragoza*, Historia 16, Madrid, 1992, p. 51.

RECENSIONES

Dos décadas después de los Sitios, Agustín Alcaide publicó una obra que responde a la versión oficial de los hechos, recogiendo testimonios de testigos de los acontecimientos, preocupándose de incorporar correcciones, ampliaciones y nuevas visiones de algunos hechos. Por su parte, Palafox comenzó a redactar sus memorias a finales de 1834. Para entonces, ya habían fallecido Fernando VII, Faustino Casamayor, Pedro María Ric y Vicente Lisa —otro personaje destacado de los Sitios—, de modo que ninguno de ellos podría contradecir los motivos que, según nos narra Palafox, le impulsaron a sublevar la ciudad y a actuar de aquella manera durante su defensa.

La realidad que nos describe Peiró es que Palafox, antes de los sucesos de 1808, ocupó la mayor parte de su tiempo entre bailes y juego, los teatros y salones de Madrid, como uno más de los guardias de corps. Su experiencia militar apenas se limitaba a la campaña contra Francia de 1795, de modo que, «en el mejor de los casos, habría estado en el frente algo menos de siete meses, sin que su hoja de servicios recoja ninguna acción destacada» (p. 20). Imbuido en aquellos ambientes cortesanos, Palafox se dedicó a la intriga y los complots, participando marginalmente en la conspiración de El Escorial, custodiando al preso Godoy e intercediendo por el absolutista Fernando VII. Y posiblemente sea cierto que en mayo de 1808 acudió a Zaragoza con el propósito de alzar la ciudad contra los franceses en favor del rey, pero tras entrevistarse con el capitán general Guillelmi y recibir la negativa de este, Palafox «olvida sus intenciones, se recluye en la torre de La Alfranca y espera acontecimientos» (p. 163). Solo tras los motines de unos paisanos armados y el rechazo de ciertos nombres para encabezar la defensa de la ciudad, Palafox fue aclamado por la población para asumir el mando, lo cual aceptó abandonando su retiro de varios días en La Alfranca.

Por su parte, Agustín Alcaide lo relataba de la siguiente manera dos décadas después de los Sitios: «anhelando todos tener un gefe, centenares de vecinos los mas honrados de la ciudad y del arrabal habian ido con las armas en la mano á buscar á Palafox que estaba en unas casas de campo disponiéndose para partir de Aragón: que persistiendo el' pueblo en que se le nombrase capitán general, desconfiado, de sí mismo no habla querido aceptar este cargo; pero que creciendo la vehemencia, y viéndose en el extremo de admitir el mando ó perder la vida, se había refugiado al real Acuerdo pidiéndole amparo en tal conflicto»².

A partir de entonces, narra Peiró, Palafox se rodeó de personas de su confianza, se hizo valer de su carácter carismático para acaparar cargos excusándose en la aclamación popular y apartó de puestos de responsabilidad a quienes, basándose en la ley y en la legitimidad, recomendaban prudencia y moderación

² Alcaide, Agustín, *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*, Diputación General de Aragón, Departamento de Cultura y Educación, Zaragoza, 1988, Tomo I, p. 12.

RECENSIONES

en las decisiones de gobierno. Así, recibió la capitanía general y también las atribuciones del ayuntamiento. Lo curioso es que «no existe ningún testimonio contemporáneo de que en estos primeros días Palafox reivindicase el retorno de Fernando VII a España. Por el contrario, las menciones que realiza al Reino de Aragón enlazan con la tradición foral (referencia a los fueros y al derecho de elegir rey, convocatoria de Cortes, uso del escudo de Aragón en lugar del real...)» (p. 165).

Y para ello, Palafox utilizó la astucia y sutileza necesaria para que el pueblo no parase de verle como el héroe de la resistencia. Con ayuda de sus amistades e influencias, supo revestir tal proceso de investidura de un carácter de oficialidad legal, siendo ratificado y confirmado por las instituciones, por el ejército y por la Junta Central Suprema. La propia convocatoria de Cortes, presentadas como las primeras desarrolladas en el reino de Aragón tras la Guerra de Sucesión, sirvieron para confirmarle en el poder, aprovechando la casualidad de que determinadas personas no pudiesen acudir por estar de viaje, además de determinar qué personas resultaban convocadas y quiénes no. Asimismo, el general se encargó de que la prensa local silenciase las derrotas sufridas extramuros, alentó esperanzas mediante rumores de apoyos venidos del exterior y aprovechó la imposición de una férrea disciplina militar para deshacerse de enemigos incómodos con la excusa del delito de alta traición.

Comparando las incongruencias entre lo dicho por Palafox en diferentes épocas —al salir de la cárcel y en sus posteriores memorias—, y sirviéndose de testimonios contemporáneos —muchos de ellos olvidados por la historiografía—, el autor repasa principalmente los días previos a la llegada de los franceses en el primer sitio, detallando cómo el general Palafox asume todo el poder. Merecen un capítulo propio tanto las Cortes de 1808 como el uso de la prensa y la información en beneficio suyo. Estructurado el libro, principalmente, en un orden cronológico, contextualiza adecuadamente y sabe resumir y sintetizar cuando resulta oportuno, permitiendo obtener un marco general en medio de tanto testimonio anecdótico, personaje secundario y entramado jurídico.

Antonio Peiró Arroyo (Zaragoza, 1958) es director de Relaciones Institucionales y Comunicación de la Universidad de Zaragoza. Ha recibido los premios de investigación «Joaquín Costa» (1981, con Vicente Pinilla), «Ramón Pignatelli» de la Diputación de Aragón (1987) y de Ensayo de Investigación de la Delegación del Gobierno de Aragón (2004). Entre sus obras sobre este período destacan *Las Cortes aragonesas de 1808* (1985), *Regadío, transformaciones económicas y capitalismo (La tierra en Zaragoza. 1766-1849)* (1988), *Ignacio de Asso y la Historia de la Economía Política de Aragón* (1998), *Tiempo de industria* (2000), *Jornaleros y mancebos* (2002), *Ignacio de Asso. Ciencia y diplomacia en la Europa de la Ilustración* (2014) y *Labradores en armas* (2016), así como la edición crítica de las obras de Lorenzo Normante (1984 y 2008).

Pablo Úrbez Fernández
Universidad de Navarra